

Profundicemos más. El egoísmo es una propiedad tan hondamente arraigada en el individuo, que los *fines egoístas* son los únicos con los cuales puede contarse seguramente para estimular la actividad de la criatura individual. La especie tiene, en verdad, derechos anteriores más precisos y poderosos sobre el individuo que la pasajera individualidad, pero cuando el individuo tiene que realizar esfuerzos ó sacrificios en aras de la existencia y la constitución de la especie, la inteligencia no puede apreciar lo bastante la importancia de estos esfuerzos y sacrificios, pues está organizada para servir al individuo, en favor del cual influye por consiguiente. En tal caso, la naturaleza, para realizar sus fines, no tiene otro medio que el de infundir al individuo una *ilusión* que le haga considerar como su propio interés el de la especie, de modo que ponga al servicio de ésta la actividad que cree emplear en la consecución de su propio bien. Durante todo el desarrollo de este proceso, flota delante de los ojos del individuo, é influye sobre él como motivo real, una quimera que se desvanece bien pronto. Esta ilusión es el instinto, el cual en la mayoría de los casos puede ser considerado como el sentido de la especie, cuya misión es presentar á la voluntad objetos que á la especie convienen. Pero como la voluntad está individualizada en el hombre ó en el animal, hay que embaucarla para que perciba por los sentidos del individuo lo que les transmite el sentido de la especie; en otros términos, la voluntad cree perseguir un fin individual cuando en realidad persigue un fin genérico, en la más estricta acepción de la palabra. En los animales podemos observar mejor las manifestaciones exteriores del instinto, porque en ellos el papel de éste es más importante, pero la marcha interior del

instinto sólo podemos estudiarla en nosotros mismos como todos los demás fenómenos internos.

Se cree que el hombre sólo conserva débiles instintos, quitando el del recién nacido que busca el pecho de su madre, pero en realidad tenemos un instinto resuelto, claro y sin complicación alguna: el que nos dirige en la elección, tan seria, perseverante y escrupulosa, que hace el individuo para satisfacer las necesidades del sexo. En sí, como goce físico reclamado por una imperiosa necesidad del hombre, esta satisfacción nada tiene que ver con la belleza ó fealdad de la persona en quien la logramos. La constante preocupación de las cualidades físicas y la cuidadosa elección de las mismas no puede ser mera cuestión de gusto, como cree el individuo, sino que dependen del verdadero fin, del hijo que ha de engendrarse y en el cual se trata de conservar el tipo de la especie lo más puro posible. Mil accidentes físicos, mil tribulaciones morales hacen degenerar la forma humana bajo todos aspectos, pero su verdadero tipo se restaura sin cesar en todas partes, gracias al sentido de la belleza que preside constantemente al instinto sexual y sin el cual sentido no sería éste más que una de las más viles necesidades naturales. Por consiguiente, todo individuo elige con preferencia y desea ardientemente á los individuos más bellos del otro sexo, es decir, aquellos que ostentan el sello más pronunciado del carácter de la especie. Después busca con preferencia las perfecciones que le faltan y aun verá bellezas en las imperfecciones opuestas á las suyas; los hombres bajitos, por ejemplo, gustan de las buenas mozas, los rubios de las morenas, etc. El encanto que se apodera de un hombre al ver la mujer cuya belleza responde á su ideal y que le alucina haciéndole creer que en los brazos de

ella puede conseguir la felicidad suprema, no es otra cosa que el sentido de la especie, que reconociendo en aquella beldad el sello, claramente dibujado, de la raza, aspira á perpetuarlo. La conservación del tipo de la especie descansa en el atractivo infalible de la belleza, y de ahí viene el gran poder de ese atractivo. Más adelante veremos cómo se determina su acción. Lo que guía al individuo en este negocio es positivamente un instinto que trabaja en interés de la especie, mientras el hombre se figura perseguir la satisfacción del supremo goce individual.

Evidentemente, el cuidado con que el insecto escoge exclusivamente una flor, un fruto, una clase de estiércol, un trozo de carne ó hasta la larva de otro insecto como hace el *ichneumon*, para depositar sus huevos, sin retroceder ante ningún trabajo ni peligro, es muy semejante á aquel otro cuidado con que el hombre elige una mujer determinada, cuya naturaleza le sea individualmente simpática, y al ardor con que la desea. Muchas veces la vehemencia con que persigue su fin le hace despreciar toda prudencia, sacrificar la felicidad de toda la vida contrayendo un matrimonio insensato, ó manteniendo relaciones que han de costarle la pérdida de su caudal, de su honor y hasta de su vida; y cometer crímenes como el adulterio y la violación, todo obedeciendo al imperio soberano y universal de la voluntad de la naturaleza y á fin de servir lo mejor posible á los intereses de la especie, aunque sea á costa de los del individuo. En apariencia todo instinto obra en virtud de una intención final, pero en realidad es ajeno á ella por completo. La naturaleza crea el instinto allí donde el individuo llamado á obrar, no sería capaz de comprender el fin de la acción ó no querría trabajar en pro de ese fin; por re-

gla general sólo los animales se guían por el instinto, y entre ellos principalmente los que ocupan los más bajos lugares de la escala, por ser los menos inteligentes. Pero en el caso, que es casi único, de que venimos hablando, el hombre participa igualmente del instinto, no porque no sea capaz de comprender el fin que se persigue, sino porque no lo perseguiría, á no ser así, con todo el celo necesario, es decir, á costa de su propio bien. En este caso, como acontece con todo instinto en general, la verdad se disfraza con una ilusión para obrar eficazmente sobre la voluntad. Una ilusión es, en efecto, el espejismo de la voluptuosidad que hace creer al hombre que la mujer cuya belleza le seduce podrá proporcionarle un deleite mayor que otra alguna, ó que impulsándole hacia una determinada mujer exclusivamente le inspira la convicción de que gozarla sería para él la mayor felicidad posible en la tierra.

Se imagina el hombre, por consiguiente, que sus esfuerzos y sacrificios van enderezados á proporcionarle la satisfacción de su goce individual, cuando sirven para conservar en su pureza normal el tipo de la especie ó para dar vida á un individuo especial que sólo puede ser engendrado por determinados padres. Vemos en esto claramente el carácter del instinto, es decir, de una acción que parece guiada por intención final, sin que esa intención exista, pues el individuo dominado por su ilusión, aborrece el fin que en realidad le guía, y querría, frecuentemente, estorbar su realización, como sucede por lo común en las relaciones ilícitas. Siendo esta la esencia de la pasión amorosa, sucede naturalmente que el amante, cuando ya ha satisfecho su deseo, experimenta una extraña decepción y se asombra de no haber hallado en lo que con-

tantos desvelos pretendía, deleite mayor que en cualquier otro acto del comercio sexual, de suerte que se queda casi como antes. Y es que aquel deseo era, en relación á sus demás deseos, lo que la especie es al individuo, lo que lo infinito á lo finito, pero la satisfacción no aprovecha más que á la especie, ni llega á la conciencia del individuo que, inspirado por la voluntad de aquélla, había consagrado todos sus afanes á un fin ajeno. Todo amante queda defraudado cuando se consuma la gran empresa que perseguía, pues desaparece entonces la ilusión con que la especie engañaba al individuo. Por eso dijo Platón: *voluptas omnium maxime vaniloqua*.

Lo anterior nos da nueva luz sobre los instintos y la industria de los animales. Evidentemente, están dominados también por una ilusión que les pone delante de los ojos su propio regalo, cuando trabajan con tanto celo y abnegación en bien de la especie; obedeciendo á este impulso construye el ave su nido, busca el insecto el lugar conveniente para poner sus huevos ó busca una presa determinada que no ha de devorar él, sino que depositada junto á los huevos, servirá de alimento á las futuras larvas; fabrican la abeja, la avispa y la hormiga sus ingeniosas moradas y desempeñan tan complicadas funciones. Todas estas criaturas, obran indudablemente guiadas por la ilusión que disfraza el servicio de la especie con la careta de un interés egoísta. Este es probablemente el único camino por donde podemos llegar á darnos cuenta del proceso interior ó subjetivo de las manifestaciones instintivas. Respecto á su carácter exterior ú objetivo, le hallamos en los animales en que es más pronunciado el instinto, en el predominio del sistema ganglionar ó subjetivo sobre el sistema cerebral ú objetivo, de don-

de puede inferirse que dichos seres no son movidos por representaciones objetivas, ó sea por las que nos dan la concepción real de las cosas, sino por representaciones subjetivas, de donde nacen los deseos. Por consiguiente, la ilusión es quien los mueve. Tal es, á mi parecer, el proceso *fisiológico* de todo instinto.

A título de explicación citaré todavía otro ejemplo de instinto que se observa en la raza humana, aunque es mucho más débil que el sexual; me refiero á los *antojos*, á los caprichos del apetito de las embarazadas. Estos caprichos parecen indicar que la alimentación del embrión reclama á veces una modificación extraordinaria ó especial de la sangre que viene á nutrirle, y el alimento que puede operar esta modificación es el que se le antoja á la madre, de modo que allí también se produce una ilusión. Se ve, pues, que la mujer posee un instinto más que el hombre, y el sistema ganglionar de aquélla está mucho más desarrollado que el del varón.

El gran predominio del cerebro que observamos en el hombre, explica por qué tiene éste menos instintos que el animal, estando expuestos á extraviarse los que posee. Así, el sentimiento de lo bello que le guía en la elección de la persona con quien ha de satisfacer el instinto sexual se extravía cuando degenera en aberraciones contra naturaleza. Un fenómeno análogo observamos en cierta mosca, la *musca vomitoria*, que en vez de depositar sus huevos en la carne muerta, como pide su instinto, los deposita á veces en el cáliz de una flor, el *Arum dracunculius*, engañada por el olor cadáverico que dicha flor exhala.

Mediante un análisis más minucioso del amor, veremos demostrado, con absoluta certeza, que no es más que un instinto, sin otra mira que el hijo que ha

de engendrarse. Este análisis es indispensable. Observamos primeramente que el hombre se inclina, por naturaleza, á la inconstancia en amor, y la mujer á la constancia. El amor del varón disminuye notablemente con la satisfacción; la variedad le atrae, y casi todas las mujeres le parecen más codiciables que aquella que ya ha conocido. Por el contrario, el amor de la mujer crece desde el momento en que se entrega. Esto depende de los fines de la naturaleza, encaminados á la conservación, y, por tanto, á la mayor multiplicación posible de la especie. Un hombre puede engendrar fácilmente más de cien hijos en un año, si tiene á su disposición suficiente número de mujeres; una mujer, aunque tuviese cien maridos, no podría echar al mundo en ese tiempo más que un hijo (á no ser que se tratara de un parto doble). Por eso el hombre busca continuamente otras mujeres, y la mujer se apega á un solo hombre, pues la naturaleza la impulsa instintivamente, y fuera de toda reflexión, á conservar al que ha de mantener y defender á la futura prole. De ahí se sigue que la fidelidad conyugal es artificial en el hombre y natural en la mujer, por lo cual, tanto desde el punto de vista objetivo, ó sea en razón de las consecuencias, como desde el punto de vista subjetivo, ó sea como cosa contraria á la naturaleza, el adulterio de la mujer es mucho más imperdonable que el del marido.

Para agotar la materia y convencernos de que la selección recíproca en los dos sexos, por objetiva que parezca, no es más que un instinto disfrazado, en otros términos, el sentido de la especie, cuidadoso de conservar la integridad del tipo, necesitamos examinar más de cerca las consideraciones que sirven de guía en las preferencias amorosas, estudiándolas de-

talladamente, por extraño que pueda parecer que estos pormenores tengan acceso en una obra de filosofía. Las consideraciones á que aludo son de diversas clases; las hay relativas al tipo específico, á la belleza; otras tienen por mira las cualidades psíquicas, y, por último, las hay meramente relativas, que tienden á corregir ó á neutralizar recíprocamente alguna imperfección ó anomalía en los individuos que han de enlazarse. Vamos á examinar una por una estas consideraciones.

La consideración principal que dirige nuestra elección y fija nuestra preferencia, es la edad. En tesis general, la edad del amor en la mujer está comprendida entre la aparición y desaparición del flujo menstrual; pero la edad preferida es la que media entre los diez y ocho y los veintiocho años. Fuera de los límites indicados, la mujer no nos excita; una vieja, es decir, una mujer que ha pasado de la edad crítica, nos inspira repulsión. La juventud, aun sin belleza, todavía tiene atractivos, pero la belleza sin juventud no los tiene.

Evidentemente, el movil inconsciente que nos guía es la facultad de reproducción en general; cada individuo pierde atractivos para un individuo del sexo opuesto en proporción directa de la distancia que le separa del período en que es apto para engendrar ó concebir.

La segunda consideración es la salud: las enfermedades agudas no representan más que un impedimento pasajero; pero una enfermedad crónica, y, sobre todo, una caquexia, repugnante, porque puede transmitirse á la prole. La tercera consideración es el esqueleto, como base del tipo de la especie. Después de la edad y las enfermedades, nada repele tanto como un cuerpo

contrahecho: el más hermoso rostro no basta para compensar estas imperfecciones, y se preferirá sin vacilación un semblante feo cuando el cuerpo sea bien proporcionado. Toda deformidad del cuerpo nos impresiona desfavorablemente, como, por ejemplo, un cuerpo rechoncho y enano, piernas demasiado cortas ó el andar cojeando, si no se debe á algún accidente exterior. En cambio, un hermoso talle es tan encantador que hace perdonar muchas imperfecciones de otra clase. En esta misma categoría hay que incluir la importancia que se da á la pequeñez del pie, y que se deriva de que el pie humano es uno de los caracteres esenciales de la raza; ningún animal tiene el conjunto del tarso y el metatarso tan pequeño, relativamente, como el hombre, lo cual guarda conexión con su estación bípeda y su posición vertical durante la marcha; el hombre es un plantigrado. Jesús Sirach se expresa así, según la versión corregida de Kraus: «La mujer bien plantada y de bonitos pies, es como columna de oro sobre basamento de plata.»

También damos importancia á la dentadura, porque es indispensable para la buena alimentación y suele ser hereditaria. La cuarta consideración es cierta plenitud de carnes, que revela predominio de la función vegetativa, de la plasticidad y que promete nutrición abundante al feto; por eso la delgadez excesiva nos repugna en las mujeres. Los pechos duros y redondos excitan poderosamente al sexo masculino, porque relacionándose directamente con las funciones encomendadas á la mujer en la propagación de la especie, prometen alimento abundante á la prole. Pero las mujeres excesivamente gordas nos repugnan también, lo cual debe atribuirse á que la excesiva gordura es un indicio de atrofia del útero, y, por consiguien-

te, de esterilidad. El instinto es quien sabe esto, no la inteligencia.

Sólo en último lugar se atiende á la belleza del rostro. También en el semblante las partes óseas son las que tienen mayor importancia; por eso nos fijamos tanto en la forma de la nariz; una nariz demasiado corta y remangada écha á perder la cara más bonita. Una ligera desviación de la nariz hacia arriba ó hacia abajo ha decidido de la felicidad de innumerables jóvenes solteras, y no sin razón, puesto que se trata de la pureza del tipo. Una boca pequeña con mandíbulas pequeñas es muy esencial como carácter específico del rostro humano, á diferencia de los animales. Una barbilla deprimida, truncada, por decirlo así, es muy desagradable, pues la barbilla saliente *mentum prominulum* es un carácter propio exclusivamente del hombre. Por último, se atiende á los hermosos ojos y á una frente hermosa, los cuales guardan relación con las cualidades psíquicas, y sobre todo con las intelectuales, que se transmiten por herencia materna.

Naturalmente, no podemos indicar con la misma precisión las consideraciones inconscientes que regulan las inclinaciones amorosas de las mujeres. Lo que podemos decir, en términos generales, es esto. La mujer prefiere al hombre de treinta á treinta y cinco años, y le prefiere hasta al adolescente, que representa, sin embargo, la flor de la belleza masculina. La razón de esto consiste en que no la guía el gusto, sino el instinto, el cual adivina en el hombre que ha pasado de la adolescencia el *máximum* de virilidad. En general, las mujeres se fijan poco en la belleza de los hombres, y menos aún en la de la cara, como si comprendieran que son ellas y no el varón, las llamadas á transmitir al hijo este don. Lo que más las sub-

yuga es la fuerza y su natural aliado el valor, condiciones ambas que prometen la procreación de hijos vigorosos y al mismo tiempo una eficaz protección. Cualquier defecto corporal del padre, cualquier desviación del tipo de la especie, puede corregirse en el hijo en el momento de la concepción, si la madre es de constitución irreprochable ó peca por el exceso contrario al del padre. Únicamente se exceptúan las cualidades exclusivamente masculinas que, como es natural, no pueden ser transmitidas á la prole por la madre. Tales son la estructura especial del esqueleto del varón, espaldas anchas, caderas estrechas, piernas rectas, valentía, fuerza muscular, barba, etc. Por eso amarán á veces las mujeres á los hombres feos, pero nunca á los que carezcan de estos atributos masculinos, cuya falta no pueden compensar ellas.

La segunda clase de consideraciones en que está basado el amor mutuo entre hombres y mujeres, se refiere á las cualidades psíquicas. A la mujer le atraen constantemente las dotes de corazón y de carácter en el hombre, porque son las que el hijo ha de heredar del padre. Lo que más subyuga á las mujeres es la firmeza de la voluntad, el carácter resuelto y el valor, y quizá también la lealtad y el buen corazón. Por el contrario, los méritos intelectuales no ejercen sobre ellas una influencia inmediata é instintiva, porque no es el padre quien ha de transmitirlos á la prole. La falta de inteligencia no perjudica al hombre en el concepto de las mujeres, y aun puede decirse que una gran superioridad espiritual, ó el genio, ejercen á veces una influencia desfavorable, á título de anomalías. ¡Cuántas veces no se ha visto á hombres feos, necios é incultos suplantar en el corazón femenino á hombres ilustrados, ingeniosos y amables! Se ve esto palpable-

mente en los matrimonios por amor, contraídos entre personas muy diferentes desde el punto de vista intelectual. El marido suele ser un ser ignorante, vigoroso, de cortos alcances; la mujer una criatura de sentimientos delicados, de ingenio fino y cultivado, de gustos estéticos, ó al revés, él un genio ó un sabio y ella una boba.

«*Sic visum Veneri, cui placet impares
Formas atque animos sub juga aënea
Saevo mittere cum joco.*»

La razón está en que la elección mutua se determina por impulsos instintivos y no por consideraciones intelectuales. El matrimonio tiene por fin la procreación de los hijos y no los atractivos del comercio espiritual; es una unión de corazones, no de cabezas. Resulta falso y ridículo en una mujer el presentarse enamorada del ingenio de un hombre, á menos que verdaderamente se trate de la exaltación de una extravagante. Los hombres, á su vez, no se guían en su amor instintivo por las cualidades del carácter femenino, y así hay tantos Sócrates unidos con Jantipas, tantos casos como el de Shakespeare, el de Alberto Durero, el de Byron, etc. Las cualidades que influyen sobre ellos son las intelectuales, por ser las que constituyen la herencia materna; pero esta influencia es, desde luego, interior á la de los atractivos corporales que seducen más, por lo mismo que se refieren á puntos más esenciales. Con todo, se observa que, bien por un presentimiento de la seducción que ejerce la cultura intelectual de las mujeres, ó bien por haberlo aprendido mediante la experiencia, las madres cuidan de que sus hijas adquieran conocimientos de las bellas artes, de idiomas extranjeros, etc., á fin de